

ter singular, nacida ayer, puede decirse, y de tan poca extensión, que se recorre de un solo paseo— es uno de los rincones desconocidos del gran París.—Todas las calles de este barrio de la gran ciudad datan de 1845. Así se ven en sus letreros: calle de Médiah, calle Mazagran, calle Constantine, recuerdos de la campaña de la Argelia, entonces muy reciente, y como glorificación de las victorias africanas, todavía frescas. Las casas son bajas, preciosas, muchas de un solo piso, casi todas pintadas de colores vivos, que las dan un aspecto alegre y limpio. Pequeños hoteles para alquilar; las casitas de campo con todos sus accesorios; bonitas fondas; vendedores de vinos que van de dos en dos fraternalmente unidos como si no estuviesen muy firmes sus cabezas, dan animación á las calles. Hay rejas de madera pintadas de verde, y otras que aparecen con este color por lo cubiertas que están de enredaderas y plantas trepadoras; la hiedra que sube por los sillarejos salientes de la mampostería deja ver solamente las angulosas hojas de las ventanas llenas de polvo. Gran movimiento por todas partes; ruido en las calles, y canciones alegres en las numerosas tiendas de toneles. Un pueblo trabajador mezclado á otro callejero; obreros ó gitanos,

es lo único que allí se ve, lo mismo por la tarde que por la mañana, tanto por el día como por la noche. Las mujeres con velo en la cabeza, los corredores de comercio con gorra y abrigos con un brillo que indica su mucho uso. La calzada de Maine, no lejos de allí, presenta el aspecto de todos los barrios exteriores. Árboles pequeños y delgados, puestos ambulantes de libros viejos, y vendedores charlatanes, cuadros antiguos y estampas carcomidas amontonadas al lado de trajes usados y relojes descompuestos; aquí ó allá un establecimiento de confección de ropas para trabajadores, sirviéndoles de muestra blusas azules y pantalones de algodón con botones de hueso que se distinguen á primera vista. Volviendo á la derecha se ve el antiguo camino de ronda, triste y ancho, que conduce al cementerio de Montparnasse. Es el cementerio de los pobres. Se ve pasar algún carro mortuario, ó bien el ataúd de un niño, llevado en hombros, al cual los invitados ó parientes siguen con el sombrero en la mano, y las mujeres con sus gorras adornadas con tules negros de á veinte céntimos el metro y con los ojos arrasados de lágrimas.

El camino está sembrado de tiendas de la gente que comercia y vive de la muerte: marmolistas,

vendedores de siemprevivas; letreros en que se lee «¡Adiós!» hechos con estas flores; grabados que representan los acompañantes de un entierro llorando sobre la tumba; coronas; en fin, todos los objetos propios del caso, por si alguno quisiera comprar, si por casualidad lo ha olvidado. Pequeños ángeles de yeso, feos y mal moldeados, con las manos en actitud de orar, la pareja con la misma expresión precisamente, parece que esperan resignados la hora en que los han de colocar en una de aquellas tumbas, y que después la lluvia los oculte deshechos bajo el verde musgo. Los enterradores viven allí y allí comen. Su restaurant, así llamado, es una taberna situada en una callejuela que irónicamente llaman calle de la *Alegría*. El figón es pequeño, presenta un aspecto triste; su construcción es del siglo pasado, con rejas, una puerta baja, los muros y ventanas pintadas de verde, y en el frontón de la casa algunos tiestos. Aquellas paredes no oyen los cánticos del *Requiem* ó del *Dies iræ*; las desverguenzas que en ninguna parte se aclimatan, allí hacen carrera. Cuando los enterradores han acabado sus trabajos, y después de comer, se reúnen y cantan, parece aquel figón un infierno. La mayor parte de estas calles son asquerosas. En ellas corre el arro-

yo arrastrando los detritus con la basura y formando un fango obscuro y de mal olor. Los chicos juegan en medio de la calle sin temor á los coches, que son raros por allí, y se crían fuertes y sanos con aquellos aires. La proximidad del cementerio les sirve para hacerlos buenos. Cerca de allí, en el Campo del Asilo, se reúnen los jugadores de bolos. Este juego, desterrado de Luxemburgo, rechazado por las construcciones y demoliciones modernas, se había refugiado en aquel terreno, donde sin duda en 1815, antes de tomar el camino de Fontainebleau, acamparon un momento los vencidos campeones. Empleados de poca importancia, pequeños propietarios, en fin, bastantes vagos, miran, apoyados en sus bastones, las bolas que ruedan, y miden la distancia.

Antonieta gustaba mucho de pasearse por aquellos sitios, estudiar aquella vida, ver y escuchar. Rozaba el empedrado con sus vestidos, bajo los cuales se dibujaba en círculo la puntilla de una enagua que se ocultaba y se veía siguiendo los movimientos de su poseedora. La cabeza sin nada que la cubriese, los cabellos bien peinados y relucientes por la pomada, un pañuelo de seda alrededor del cuello: este era su atavío cuando salía sin objeto, con el solo fin de mirar los escaparates

de las tiendas. Todas se parecían. Fondas con pieles de conejo colgadas delante de la puerta, pastelerías con pasteles de hojaldre, flanes, ramilletes, frascos aquí y allí, dulces de Saroic colocados en vistosos frutereros. Modistas y almacenes de ropa blanca, preciosos sombreros con plumas y adornos de brillantes colores detrás de los cristales de los escaparates; también llamaban su atención algunos corsés blancos con puntillas. Siguiendo se encontraban librerías, vendedores de imágenes, cambiantes de monedas, fotógrafos con sus muestras de vistas de todas partes, retratos en cartulina colocados en muestrarios á la puerta; y tantos como allí había, otras tantas eran las estaciones en que se detenía Antonieta, haciéndose un cúmulo de reflexiones y gozando de aquello que para ella era un verdadero espectáculo. Los zapatos y botinas la volvían loca, los retratos la gustaban en extremo. En todas partes se encontraban trabajadores en traje de día de fiesta, petrificados delante del escaparate que primeramente habían encontrado, derechos, con el cuello oprimido dentro de sus corbatas, con los ojos muy abiertos y sus gruesas manos abiertas y estiradas; algunas jóvenes delgadas y cloróticas mirando á los que pasan con un aire estúpido; soldados con grandes

espuelas; campesinos con el paraguas debajo del brazo. Antonieta no los miraba. Lo que la encantaba era la reunión de los artistas y gente del teatro, aquella gente joven con sus cabelleras largas y grasientas, su aire pensativo é insolente, las manos metidas en los bolsillos de algún sobretodo forrado de astrakán, ó bien vestidos con sus distintos trajes de mosqueteros, bandidos, señores de la Edad Media.

¡Y las mujeres! Trajes de gran cola galoneados de oro, una corona en la cabeza, soberbias, altivas, irresistibles, princesas, reinas de ferias, genios con trajes de malla.

—¡Hay mujeres que se visten así y se exhiben por la noche!—pensaba Antonieta.—¡Qué ilusión, qué sueños, que deseos lascivos, qué envidia invadía entonces á la joven! El teatro no estaba lejos de allí. Antonieta iba á él; se emborrachaba con el espectáculo, se poseía, se apoderaba de ella la fiebre; escuchaba la voz de los primeros actores como se escucha una música deliciosa; cerraba los ojos y creía encontrarse en el lugar de la joven actriz; colocada en esta pendiente, después de caer el telón, apagadas las luces, vivía en un nuevo mundo de deseos insaciables que creaba en su imaginación.

José con todas aquellas cosas había llegado á amarla locamente. Ella era á su vez toda suya; se había entregado á él con una voluntad tan llena de deseos, que á veces osaba ofrecerle lo que él no se atrevía á pedir. El joven sufría á veces grandes inquietudes, y sentía los efectos de aquellos ensueños reprimidos hasta entonces. Pero su entusiasmo por José llegó al límite el día que le anunció que en su imprenta se había organizado una representación dramática á beneficio de un compañero que la máquina había inutilizado, y que había podido obtener para ella, Antonieta, un papel para la representación.

—Me alegro—dijo la joven, poniéndose roja y después pálida.— ¡Un papel! ¡No sé si sabré desempeñarlo!

—¿Tú?... Pero no seas tonta; tú tienes todo lo que constituye el talento. ¡Mírate, obsérvate y verás!

Antonieta gozaba. Ella llenaba un papel en aquel pequeño cuadro, y era como la llave de la representación, la *cuerda sensible*. José la había hecho repetir el papel; por las tardes se dedicaban á esto con gran esmero, dándole él las entonaciones, la expresión, los gestos. En fin, Antonieta obtuvo un triunfo, fué muy aplaudida. Por casua-

lidad había en la sala uno ó dos periodistas que se decidieron á visitar aquella noche el teatro del pasaje de Saumon, y que citaron el nombre de Antonieta algunos días después en la plana que dedican los periódicos á dar cuenta de los éxitos teatrales. Cuando la joven lo leyó tuvo un desvanecimiento de alegría. Cogía el periódico, le miraba, leía en alta voz aquel nombre que era el suyo, reía, abrazaba á José y le acariciaba. Estaba contenta, era feliz, porque creía que un nuevo camino se presentaba delante de ella. Había encontrado su ruta. Aquello podía servir de pedestal para llegar á tener derecho á una estatua. Declaró terminantemente que se haría actriz. ¡Sí, actriz, actriz! Esta vida la gustaba, la entusiasmaba.

Á José no le chocó esta determinación. Ya había soñado él también alguna vez con los éxitos del teatro; había tomado parte en Monteparre en las representaciones extraordinarias; cantaba perfectamente los *couplets*, este género que hoy causa tanto entusiasmo.

—Pues bien, sea—dijo José.

Tenía muchos amigos entre los actores. Sin gran trabajo cogió del brazo á uno de ellos y le rogó que le presentase al director. Él á su vez presentó á Antonieta, que debutó la semana siguiente.

—¿Qué nombre pondremos en el cartel?—preguntó el director.

—Señora.....—respondió José, interrogando á Antonieta con la mirada.

—Escuchad—dijo el empleado de la contaduría, que hasta entonces oía y callaba—¿os parece bien Bruyène?

—¡Oh, no, ese nombre no me gusta!—respondió la joven.

—¿Cómo os llamáis?—dijo otra vez el empresario.

—¡Antonieta!

—Pues perfectamente, ¡pondremos *Antonia!* Este tiene bastante *chic*, es muy á propósito.

—¡Ah! sí, *Antonia*, ese es muy bonito—dijo Antonieta.—¡Y muy parisién!

Y riendo, batía palmas.

Antonia pasó así de la sombra á la luz. Todas las noches se la aplaudía por su gracia y por un descaro, al cual el público no estaba acostumbrado. Se la trataba como á niño mimado. Salía de escena borracha, gozosa, toda roja, enloquecida con los bravos, enviando aquellas sonrisas tan deseadas del público. Entre bastidores la aguardaba José. En medio de dos ó tres coristas del pequeño teatro, de figurantas, de tramoyistas, Antonieta re-

saltaba como una reina. José conocía que cada día perdía terreno en aquel corazón, que ya no se dedicaba á él por completo. Veía que había sido un pasatiempo para aquella cabeza casquivana y ávida de lo desconocido. Ya su papel había concluido.

—¿Qué es lo que os sucede?—les preguntó un día Victoria Herbaut.—¿Estáis enfadados?

—No—respondieron los dos á un tiempo.

—Pues estoy casi segura de que no me engaño; vamos á ver, ¿has hecho tú algo que enfade á Antonieta? porque veo que no te habla como antes. Será necesario que os caséis pronto.

—¿Casarnos?..... ¡Ah! ¡casarnos!—dijo José.—No, de ningún modo; te prometo que si siguen las cosas como ahora, no nos casaremos.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Ya lo verás.

José se arrepentía ya de haber lanzado á Antonieta á la vida del teatro. Al principio se sintió orgulloso de los éxitos alcanzados por la joven, pues en el fondo del corazón de más de un obrero parisién hay siempre un germen de aventurero, cuyo único fin es engrandecerse y brillar. Lo mismo que José se decidió á ser actor en los teatros de aficionados, se hubiese decidido á ser *bufón*, si los

bufones existiesen todavía. Había nacido artista, decía él. Por estas razones no podía menos de agradecerle que Antonieta al debutar se hubiese hecho aplaudir tanto. La señora Herbaut se había resistido un poco; pero cedía fácilmente en todas las cuestiones, y visto el resultado, hasta se dedicaba ahora con entusiasmo á coser los trajes que Antonieta debía ponerse en escena: éstos no eran una gran cosa por su valor; pero arreglados con cierto gusto, y contando con la gracia de la que los lucía, eran lo suficiente para volver los ojos á todos los que la contemplaban. Pero José se veía en estos momentos separado de Antonieta por la fila de mecheros de gas de la embocadura, como si aquella fuese una barrera infranqueable. Ella vivía en un mundo, él en otro. Aunque al volver á casa todas las tardes, los dos cantaban y reían, colgada ella de su brazo como antiguamente, José comprendía muy bien que Antonieta no era ya la misma.

—Has cambiado de tal manera, que parece que te han vuelto del revés, hija mía—decía el joven.

—Ya no eres la misma, desgraciadamente; pero después de todo, como sabes, harás lo que te parezca, sin que yo trate de impedirlo, pues eres libre.

Al oír esto Antonieta se echaba á reír; contes-

taba á José como mejor podía, pero no volvía á hablar del asunto. ¡Pensaba en otra cosa!.....

—Pero ¿me quieres algo todavía, Antonieta?

—¡Majadero! ¡Más que nunca!

Pero ya su humilde habitación la disgustaba. Era estrecha, triste, *miserable*. Prefería vivir en casa de José, donde había una salita con algunos bustos de yeso, grabados y una pequeña biblioteca. Esto, á pesar de que ya había soñado alguna vez con algo más, le agradaba. Había visto á sus compañeras partir por las tardes, después de terminado el espectáculo, en algún coche. Estaba deseosa de telas de Orleans, de sombreros de felpa, de brochadas manteletas. Los trajes llamativos de última moda, los abrigos ceñidos á la cintura, dibujando un largo y estrecho talle, y los sombreros altos con preciosas combinaciones de plumas y cintas, la atraían, la fascinaban. Era preciso que ella poseyese aquello, y pronto. Al subir una tarde la escalera que conducía al cuarto de la señora Herbaut, que había subido con el corazón tan oprimido cuando su llegada á París, oyó ruido en la parte alta, gritos y trepidaciones; subió de prisa, y abriendo la puerta del departamento de Victoria, vió á la pobre mujer que trataba de desahucarse, pálida y casi desmayada, de los brazos de

un hombre que la maltrataba. Antonieta, asustada, lanzó un grito. El hombre se volvió hacia ella.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó aquel hombre con voz ronca y fuerte.

Victoria se había desprendido de los brazos de su marido, y empujando á Antonieta hacia la puerta, la dijo:

—Marchaos al momento, pobre hija mía, marchaos; de seguro os pega también. Escapad. ¡Es mi marido!

Antonieta salió y se quedó inmóvil en la meseta de la escalera, no atreviéndose á dar un paso y escuchando los gritos que salían del cuarto, cuando el hombre salió bruscamente, empujando con fuerza la puerta detrás de él y arrojando una mirada soez, la mirada característica, sin expresión, del hombre borracho, bajó la escalera á tropezones, haciendo vibrar la baranda, á la cual se agarraba fuertemente. Cuando Antonieta no oyó ya el ruido de aquellos pesados pasos, entró en la habitación y encontró á la señora Herbaut sentada sobre la cama y llorando.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó la joven.—¿Por qué ha venido?

Victoria bajó la cabeza sin responder, enjugando las lágrimas en su pañuelo.

—¿Os ha hecho daño, señora Herbaut?

Victoria la enseñó las manchas de la ropa, y levantándose las mangas presentó á Antonieta las muñecas rojas y completamente destrozadas de arañazos. Antonieta temblaba todavía. Estaba muy pálida. Tenía miedo.

—No os debéis asustar, niña mía—dijo Victoria.—Más pronto ó más tarde, esto debía suceder. Si me hubiese dejado tranquila, hubiera sido demasiada felicidad para mí. Al parecer, no tiene trabajo y necesita dinero. Yo no quería dárselo. Tampoco tengo demasiado, ¿no es verdad? Entonces me ha maltratado..... Haced el favor de echar un poco de sal en agua para ponérmela en los brazos..... Verdaderamente, me ha hecho daño..... Y después ha cogido la hueca, ya sabéis.....; pero no, ahora recuerdo que nada os había dicho; no lo sabías, Antonieta..... Yo ahorraba en ella algo para José y para tí. ¡Yo que esperaba sorprenderos el día que os casaseis, mis queridos hijos!

—¡Que nos casásemos!—repitió Antonieta.

La parecía que escuchaba el eco lejano de una frase que no comprendía ya.

—Ya lo creo—dijo la señora Herbaut;—será preciso que lleguéis á esto. Los dos os queréis, está muy bien; pero continuar en el estado en que

estáis, no es posible: ésta no es una situación legal. Pueden venir pequeñuelos, y por ellos sobre todo es preciso ponerse en el mundo al amparo de la ley. ¿Qué hay en la tierra más hermoso que estos pequeños seres buenos y dulces como el pan? ¡Yo sé por mí misma que si hubiese tenido un hijo!.... La carbonera tiene uno, ¿no le has visto? Es un ángel; negro como el ébano cuando juguetea en la tienda, y un cupido los días que lo lavan para ir á paseo. ¡Cuánto daño me hace esto! ¡Oh! si tuviese yo ya un hijo mozo!....!

—Señora Herbaut, os perdéis en conjeturas.

—No, esto no es nada. Si mi marido tomase la costumbre de venir con frecuencia, es cuando temería perder la cabeza.

—¿Para qué va á volver aquí?

—Está en su perfecto derecho.

—Bueno; pero ¿no podéis quejaros al juez?

—¡Oh! Herbaut está en su casa cuando está aquí. Nosotros estamos separados convencionalmente, sin que la ley haya intervenido para nada. Él puede venir á cualquier hora: todavía soy una cosa suya, todavía le pertenezco.... ¿Separarse? ¡Para esto es necesario pleitar, es necesario ser rico!.... Pero yo creo que no volverá; al menos, así lo espero. Seguramente alguna mujer le hizo per-

der la cabeza. ¡Cuántas atrocidades se cometen por el dinero!

—Contad á José cuando venga lo que ha pasado.

—¡Oh! nunca—dijo Victoria.—¡Se pegarían!

¡Se pegarían! Esta frase quedó grabada en el corazón de Antonieta. Una vez sola en su cuarto, se puso á reflexionar. ¡Cómo!—se decía—¡estos son los resultados del casamiento! ¡El encadenamiento, la esclavitud! ¿Son estas las felicidades que había soñado compartir con José? Temblaba ante la sola idea de que ella pudiese estar unida por toda la vida como lo estaba la señora Herbaut, y la horrorizaba una existencia como la de aquella pobre mujer.

—¡Ah!—decía en voz alta—no imitaré yo á Victoria.

Después, impacientándose, se encontraba mal en aquella estancia. Experimentaba un sentimiento de temor. Aquel hombre podía volver. Estaba en su casa, según había dicho Victoria. Si volvía otra vez con las intenciones de antes, con seguridad estaba expuesta á sus golpes y malos tratamientos.

—No será á fe mía—dijo Antonieta.

Y recordó su huida en otro tiempo de la casa

7786
29844

paterna. Entonces tuvo la idea de volver á escaparse, esta vez sin misterio, sin esconderse, en pleno día, y sin temor de no encontrar donde guarecerse.

En esto llamaron á la puerta de su cuarto, contiguo al de la señora Herbaut.

—¿Qué es lo que sucede?—dijo José con aire alarmado.....—¡Victoria está herida!..... ¿Qué pasa?

—¿No lo sabes?—dijo Antonieta.

—No.

—¿No te ha dicho nada ella?

—Nada ha querido decirme.

—¡Válgame Dios, qué tonta!..... ¡Ha sido su marido que ha venido!

—¿Herbaut? ¿Y es él quien la ha herido?..... ¡Ah infame!—dijo José apretando los puños;—pero ese bribón va á continuar amargando siempre nuestra vida?

—Debe ser un malvado—dijo Antonieta.

—¡Que no vuelva, porque le mataré!—continuó José.—¡Pobre Victoria! No quería decirme nada; no había quien la hiciese hablar..... ¿Comprendes por qué? Estaba como si no supiese qué hacer, y mira tú, he creído por un momento.....; pero vaya una idea.....

—¿Cuál es la idea? Dí.

—¡No! ¡Es demasiado estúpida!

—Pero dila, hombre.....

—Pues bien, pensé que habíais tenido alguna cuestioncilla.

—Vaya—dijo Antonieta—¡me haces mucho favor á mí con esos pensamientos! Noto que tienes muchos de ese género desde hace algún tiempo.

Aparentó incomodarse, aunque no lo estuviese realmente. La convenía demostrar aquel mal humor, como si aquella suposición la hubiese penetrado en el alma y la mortificase. Empezaba, realmente, á sentirse invadida de aquellas laxitudes que en otro tiempo sintió en casa de su padre, de aquella sed de aire libre, de aquel deseo de movimiento, que dominaba su naturaleza voluble, ávida diariamente de nuevas sensaciones. Aquella vida falsa, mitad del teatro, mitad en la clase media necesitada, se le hacía pesada. Se encontraba poco satisfecha al lado de José. Antes, al terminar la representación, se vestía prontamente, bajaba de su cuarto, se agarraba del brazo del joven y salía del escenario con él contenta y satisfecha. Ahora tardaba mucho en bajar, coqueteaba ya con éste ó con aquél, y discutía sobre quien tenía más derecho á tutearla, tratando de que ninguno se quedase descontento. «Él bien puede aguardar un

rato», decía para sí. Cuando al salir encontraba siempre á José en la puerta del cuarto de artistas, ahogaba un suspiro.—¡Ah! ¿eres tú? —le decía, como hubiese podido decir: «¿Estás aquí todavía?» Realmente no existía entre ellos ya nada de común. Ella había remontado su vuelo, él se había quedado en la tierra. Cuando José hablaba, Antonieta no le escuchaba, no oía lo que decía. Si llegaba alguna vez á hacer alusión al matrimonio proyectado, la joven respondía como aquel que sale de un sueño, sin ilación con lo que se hablaba.

José conocía, veía perfectamente todos estos cambios. Nada se le escapaba. Podía decir palmo á palmo el terreno que iba perdiendo. Se hacía sus reflexiones, en este punto tan triste para él, todos los días y poco á poco, de una manera lenta, tomó su partido, maldiciendo con toda el alma los bastidores, los actores, y en fin, *el demonio del teatro con su aparato*, como él decía.

—¡Ah! ¿te enfadas?—dijo á Antonieta, viéndola sentarse en una silla con la barba en la palma de la mano.—¡Si te enojas, me marcharé!

—No, no me incomodo—respondió Antonieta....—Pero ¿qué motivo he dado yo para que pensaras que me había peleado con tu hermana?

¿Acostumbro á tener malos modales ni mal carácter con ella? Muchas veces, cuando voy á hablar, pienso y me callo por no.....

—¡Ah! ¡ya te se escapó algo! ¿Es á mí á quien dices eso? ¿Y por qué callarse cuando se tiene que decir alguna cosa? ¿Tienes algún motivo de queja conmigo?.... ¿Es posible que puedas tenerle? Vamos á hablar francamente, hija mía: yo no soy para tí lo que era antes. Me dirás que se cansa una de todo; que yo ya gasté el tiempo que me correspondía. ¡Ahora otro! Esto es lo que tú piensas, ¿no es cierto?

—Sí, te lo confieso; quiero ser franca—dijo Antonieta bajando la cabeza.

—Te hago justicia. Al menos eres sincera. Esto te fastidia, tú misma lo dices. ¡Pobre chiquilla! ¿Crees que llegarás á ser feliz? Con una cabeza como la tuya, nunca satisfecha, que lo que hoy quiere mañana la fastidia, no es posible ser dichosa. ¡Apuesto á que te figuras que los chales de la India constituyen la felicidad! Vaya, hasta la vista; en la calle de Breda, siempre que esté, sabes que me encuentras á tu disposición. ¡Eres libre! ¡Pero te advierto que la modesta comida de nuestra casa te alimentaría más que los platos de un hotel. Míralo bien. Yo he hecho todo cuanto he

podido para unirme á mí. Te he querido, pero verdaderamente, con todo mi corazón, ¿comprendes, Antonieta? con todas mis fuerzas. A mí no me gusta hacer frases; pero te digo esto porque siento lo que te va á suceder. Trabajando quizá hubiese alcanzado una posición: no siempre voy á ser impresor, esto es lo natural; pero tú tienes otras ideas..., en fin, sea.... ¡Dios quiera que no tengas que arrepentirte nunca de lo que hoy haces!

—Pero después de todo—exclamó Antonieta—¿tengo yo la culpa de haber nacido con estas inclinaciones á la comodidad y al lujo?

—¡Vaya un modo de disculparte! Sin duda crees que has nacido para ser admirada. ¡Pobrecilla!.... Es cierto que eres bonita, que los trajes de seda te están perfectamente, y que un elegante sombrero de plumas te sentará mejor que una modesta gorrita; ¡pero hay tantas como tú!.... y mira, mira luego lo que las pasa. Te aseguro, hija mía, que más te valía estar trabajando en casa de tu padre ó viviendo conmigo en la pobreza, porque aunque esto te parezca muy fastidioso, es mucho más seguro.

—Es posible—dijo Antonieta levantándose y poniéndose el sombrero.

—¿Te vas?

—Sí.

—Pues yo, como es algo tarde, me quedaré haciendo compañía á Victoria.

En cuanto Antonieta se encontró en la calle, se fué inmediatamente á ver á una amiga suya del teatro, en cuya casa se alquilaban cuartos amueblados.

—Amiga mía—dijo Antonieta después de saludarla—deseo vivir con alguna comodidad, y no puedo resistir la pobreza y el mal aspecto del barrio que he ocupado hasta aquí, por lo cual deseaba una habitación en esta casa.

—Tenéis razón, mi querida Antonia. Debéis abandonar esos barrios exteriores y veniros aquí. Hay una habitación en la casa, que el portero me dejará ocupar hasta el quince, pues estoy en muy buenas relaciones con él, y creo que de aquí á ese día tenéis tiempo de conquistar á quien pueda ponerlos un hotel.

Aquella misma tarde Antonieta anunció que se marchaba de casa. La señora Herbaut se quedó pálida y lloró. José se contentó con decir á su hermana:

—Hay personas que gozan revolcándose en el lodo. ¿Qué quieres que le hagamos?

—No te hagas el fuerte de espíritu ni más malo

que eres—respondió Victoria.—¡Tú sufres mucho, querido hermano!

—¡Bah! ¡pobre Victoria mía! No te inquietes, que los dolores no matan.

Tenía la ironía en la voz y las lágrimas en los ojos.

II.

Desde entonces Antonieta *buscaba la ocasión*. Hay en París millares de jóvenes presas en la inmensa tela de araña que tiende el deseo. Había entrado en el teatro bajo la protección de la gruesa Luisa, que la había alojado en la calle de Laval. Esta compañera conocía perfectamente el teatro de *Variedades*, donde se representaba una revista muy en boga; el director era un viejo cómico con la voz cascada por una laringitis crónica, que se pasaba de cuando en cuando sus uñas negras por los cabellos grises y grasientos, *daba una vuelta* á sus largas melenas y decía: «¡Cuando yo cantaba *La Dama Blanca* en Toulouse, donde había unas grandes voces, se asombraba el público!» Este individuo vió á Antonieta, la encontró hermosa, habló al empresario y se contrató á la bella joven para la compañía.

—Es preciso hacer un gran debut. Se colocará á Antonieta en *primer término*, muy cerca de la embocadura—decía.

—¡Buen sitio para la pesca de peces incautos!—respondió Pauville el empresario.

Antonieta estaba loca de alegría. ¡Por fin iba á tener una plaza en un verdadero teatro! ¡en *Variedades*!

¡Cuántas historias de bastidores recordaba haber leído allá en la taberna del padre Labarbade, cuando recogía algún número del *Figaro* caído del bolsillo de algún pintor de los que iban allí á comer!

¡*Variedades*! Esta sola palabra bastaba para enloquecerla de alegría, hasta el punto de que la fiebre se apoderaba de ella.

Había llegado el invierno, y durante los ensayos Antonieta tiritaba de frío en algún rincón del escenario, dando largos paseos entre bastidores, y, golpeando el suelo con los piés para que no se le quedasen helados, aguardaba á que le diesen el aviso para su entrada en escena, que se verificaba al mismo tiempo que la de sus compañeras.

Dos horas de espera para decir dos palabras en *coro*; y miraba entonces llena de envidia, pero con esperanza, y hasta con certidumbre de llegar á pa-